

constantes de la moneda romana; otro renglón es el envenenamiento por plomo, mercurio y arsénico que hoy se investiga para determinar el grado de concentración de plomo en huesos de sepulturas romanas; la insalubridad derivada de mala planeación urbana y el exceso de población, y otros problemas. En efecto, "si la tecnología romana afectó a la población en general con venenos industriales debilitantes a través de sus acueductos, en sus dietas, en la atmósfera, en los utensilios domésticos puede, en sí misma, ser postulada como una causa que contribuyó a la caída del imperio" (p. 203).

Ahora bien, en la actualidad nos hallamos sujetos a cambios mayores y mucho más profundos que en toda la historia que nos precedió, y debemos tomar como ejemplo a esos pueblos que no resistieron el enfrentamiento y sucumbieron. El destino de ellos podría ser el nuestro, sólo que esta vez a escala mundial. Finaliza el autor de este librito: "La historia antigua es una advertencia y un reto a nuestras actitudes, a nuestra capacidad para comprender, a nuestra competencia tecnológica y a nuestra voluntad para tomar decisiones de largo alcance. El reto persistirá, y la respuesta que daremos aún no está clara" (p. 236). No cabe duda de que el panorama es sombrío, pero aún estamos a tiempo para remediarlo. Dejemos que la antigüedad siga siendo fuente no sólo de obras maestras o de lecciones morales, sino de actitudes prácticas ante la vida. Y aprendamos no sólo de sus aciertos, sino también de sus errores.

Mariateresa GALAZ

PUBLIO VIRGILIO MARÓN, *Eneida*, trad. Joaquín A. PAGAZA, transcr., pról. y nots. S. LÓPEZ MENA, 2 vols., 242 y 255 págs., (Col. Cien del mundo), México, SEP, 1986.

La memorable versión métrica de la *Eneida* que Joaquín Arcadio Pagaza realizó a principios de este siglo, acaba de ver la luz pública a fines de 1986.

Esta obra maestra que Pagaza realizó durante sus años como obispo de Jalapa, en su mayor parte estaba inédita. ¿Por qué permaneció ignorada durante más de setenta años esta joya del humanismo mexicano?

Así sucedió todo: el pastor de la Arcadia romana y de la iglesia veracruzana había dado a las prensas el primer tomo de sus *Obras completas de P. Virgilio M. vertidas al cast. por Clearco Meonio*

(su nombre de árcade romano). La Imprenta Católica de Jalapa lo editó en 1913. Allí se incluyen las *Églogas* y *Geórgicas* completas y los tres primeros libros de la *Eneida*.

Don Octaviano Valdés, quien me ha obsequiado un ejemplar de la edición de 1913 que tengo a la vista, me ha referido que ya estaban en prensa todos los originales de la *Eneida* vertidos por el citado árcade, pero que el oleaje revolucionario arrasó con la Imprenta Católica y con cuanto contenía.

Se daba por perdido el segundo volumen virgiliano traducido por don Joaquín Arcadio. Pero hace algunos años un consanguíneo del eximio vate de Valle de Bravo, reveló a varios escritores que él poseía los manuscritos pagacianos que se habían creído perdidos.

Escribe Sergio López Mena en su prólogo de sólo cuatro páginas a la reciente edición de Pagaza, del cual lamentamos falte aquí una biografía: "Débese el rescate de esta traducción a Ignacio Pichardo Pagaza, quien me confió la transcripción de los manuscritos y alentó su publicación". Allí mismo consta que Pagaza fue el segundo mexicano que tradujo completo y en verso a Virgilio, "y digno antecesor, en la tradición clásica mexicana, de Rubén Bonifaz Nuño".

Por su parte, el mismo doctor Bonifaz ha anotado en su versión de las *Geórgicas* los nombres de sus dos predecesores virgilianos. El primero de ellos es Joseph Rafael Larrañaga. Con ejemplar cordialidad, don Rubén califica ambas versiones —incluso la de Larrañaga, vituperada por Menéndez y Pelayo— como "dignas de aprecio, y sus autores, por ellas, merecedores de admiración y gratitud" (*Geórgicas*, UNAM, 1963, p. XXXVI).

Ya tenemos en las manos la atractiva edición novísima de la *Eneida* completa vertida por Pagaza con flexible literalidad en ese verso endecasílabo sin rima que los ingleses llaman *heroic verse* por excelencia. Y comenzamos a leer:

Las armas canto y al varón que, huyendo
de las playas de Troya, a Italia vino
por hado, y a las plácidas riberas
de Lavinia.

Esos son los clásicos endecasílabos del Pagaza maduro. Ha dejado atrás las galas retóricas del siglo XIX que campeaban en sus versiones parafrásticas de las *Geórgicas*, e incluso de las *Odas* de Horacio. Acercándose más a su contemporáneo Rubén Darío que a su antepasado Espronceda, ahora don Arcadio mide su vuelo con el batir de las alas del Mantuano, y va reproduciendo sus ritmos casi en la misma medida en que lo hará medio siglo después (en

1961) Aurelio Espinosa Pólit: aproximadamente tres endecasílabos castellanos por dos hexámetros latinos. Esto, al principio de la *Eneida*. Después, Pagaza amplía sus medidas, y su proporción se aproxima a los tres y medio endecasílabos castellanos por cada dos hexámetros latinos. Así se lo sugería su insuperable musicalidad.

Cuando el lector disfruta esos majestuosos endecasílabos de don Joaquín Arcadio, se convence de que la dulcedumbre connatural a Virgilio ha quedado atrapada en las redes castellanas del poeta de Valle de Bravo. Éste ha creado docenas de versos que quedarán como clásicas recreaciones del suntuoso decir virgiliano:

Un clamor a la par álzase inmenso
que de oro a los astros pulsa y hiere
(XI, 832 del original).

Así recrea Pagaza la blanda música ambiental de Virgilio:

Dijo; y mostrando la cerviz rosada
resplandeció... descíñese la veste
que baja hasta los pies; y por el paso
se manifiesta verdadera diosa
(I, 402...405 del original).

Y esta resonancia tiene las escenas terribles en la lira de don Arcadio:

A Laoconte luego, que en su ayuda
armas trayendo viene, se encaminan
y líganle en espiras giganteas
(II, 216 s.).

Desde luego que no todo podía ser igualmente acertado en don Joaquín Arcadio. Para mi oído, la práctica menos feliz de Pagaza es la frecuencia de la sinéresis, la cual opaca el brillo de muchos de sus endecasílabos. El caso extremo, aunque insólito, es éste, que lleva hasta tres sinéresis:

Pronto las aéreas torres de los feacios
(III, 565 de la versión).

Pero en cambio, don Joaquín Arcadio alcanza el virtuosismo hasta en el uso de lo que T. Navarro T. llama 'sinalefa violenta'. Pagaza no sólo forma cientos de sinalefas de tres vocales, sino incluso algunas de cuatro:

¡Oh patria!... ¡Oh Lión, morada de los dioses
(II, 465, versión).
Por la patria, e insaciable tu codicia
(VI, 1481, versión).

A esos podríamos llamarlos *tetraptongos*. Pero don Arcadio pasa más allá: ¡A UN PENTAPTONGO!

Con supremo dominio A AUsonia, manda
(X, 92, versión).

Al lado del virtuosismo métrico de Pagaza, debemos elogiar también su seguridad lexicológica.

El léxico de Pagaza incluye sistemáticamente en esta obra ciertas voces cultas que realzan el carácter épico del vasto poema. Así, en vez de escribir 'temblar', siempre anota 'tremar', en todas sus formas y con todos sus derivados, como 'tremulento' y 'tremulante'. En vez de 'inmóvil', escribe 'inmóvil'. En vez de 'aposentos', escoge 'penetrales'. Y en vez de 'hinchado', siempre anota 'túmido'.

En bien dosificadas ocasiones, don Arcadio usa sólidos latinismos del Diccionario Académico, como 'armígero', 'armipotente', 'inconsulto', 'ulular', 'latebroso', 'rúbeo', 'cornífero', 'lanífera', 'espúmeo', 'noctívago'. Don Marcelino juzgó esos latinismos 'muy felices'.

Y, en ocasiones aún más esporádicas, Pagaza llega a crear sus propios latinismos en español. Así, usa 'nubicola' (XI, 1229), 'infulada' (IV, 887), 'estigina' (XI, 332), 'armidonante' (III, 947), y el giro reiterado: 'invito tu numen' (X, 433 *et passim*). Eran los vocablos que Menéndez y Pelayo consideraba 'duros e inusitados'.

Luego, ciertas voces de gusto mexicano saltan aquí y allá como toques inesperados de color local: 'penachudo', 'amargoso', 'comedora', 'chupadora', 'hollinientas' (II, 1465).

Señalamos, por último, el vigoroso uso peculiar de Pagaza, de elidir prefijos en vocablos compuestos: (en)'cruelcideo', (en)'soberbecerse', (en)'negrecerse', (re)'blandecer', (a)'tardecer'.

Pero, al lado de tantas delicias, esta edición de la *Eneida* nos trae muchos sinsabores. En efecto: más de un centenar de los versos *no son* los que escribió Pagaza.

Y, al copiar los tres primeros libros de la edición de 1913, el transcriptor Sergio López Mena ¡SE SALTÓ DOS PÁGINAS, a partir de III, 838, eliminando así 79 versos de don Arcadio!

En su prólogo sumarisimo, L. Mena escribe: "En mi transcripción he respetado las formas sintácticas que presentan los manuscritos, MODIFICANDO sólo algunos casos que podían propiciar confusión en los lectores".

En quien tales modificaciones causaron confusión fue en el propio L. Mena, pues —además de desvirtuar los endecasílabos magistrales de Pagaza— no fue coherente en sus modificaciones. ¿Hasta dónde llegó la falta de respeto para con el autor editado, y hasta dónde son sólo descuidos en la revisión de pruebas de imprenta, los innumerables errores que hemos detectado en esta edición? Difícil es saberlo. Lo indudable es que al leer las pruebas de imprenta es donde se muestra el grado de seguridad métrica que tiene un escritor: no teniendo paciencia para cotejar palabra por palabra, con frecuencia se atiene a su oído... pero éste ha traicionado a López Mena.

Fue en esta etapa donde también tropezó Abreu Gómez al editar su selección de poesías de Sor Juana, lo cual le valió las memorables reprimendas de Alfonso Méndez Plancarte.

Pues bien. Cuando comencé a leer la edición que de Pagaza hace López Mena, me extrañó leer:

Mientras ella por los aires fuese a Pafos
(I, 767 de la versión).

Mi extrañeza creció ante este otro verso:

A la reina esperando, y mientras admira
(I, 844, versión).

Aumentó mi incomodidad al leer:

El cadáver. Y entonces al ver Eneas
(I, 908, versión).

Tres pruebas ya eran suficientes: éstos no son endecasílabos. Estos versos no son los del obispo Pagaza, poeta de oído infalible.

O bien podríamos optar por tolerarle a L. Mena la iniciativa de "aclarar" al clarísimo don Arcadio. Pero entonces, ¿por qué en el libro quinto ya olvidó el transcriptor que iba a retocar todos los 'mientras' y los 'entonces'? Porque allí nos transcribe:

Con el aplauso *entonces* y gritaría
(V, 274, versión).

Y luego continúa:

De los astros el curso *mientras* observa
(VI, 628, versión).

Pero los errores superan en número a los aciertos, y vuelven en II, 220. Y en II, 1420. Y en VI, 17. Y en IX, 767. Y en X, 701. Y en XI, 1231 y 1250.

Otra fuente de confusiones

Una nueva aventura de estira y afloja nos depara L. Mena en los giros 'debajo del', 'dentro del' y 'encima del', los cuales pueden, naturalmente, ser abreviados en el lenguaje poético, a 'debajo el', 'dentro el' y 'encima el'.

En II, 69, leemos una transcripción equivocada:

A que fuera llevado dentro *del* muro

Donde sobra la *d* en 'del'. Y sobra también en II, 802. Y sobra en III, 618. Y también en VII, 183. Y en IX, 1292 (todas las citas numeradas según la versión).

Pero luego resulta que en II, 437 sí copia correcto:

Y *debajo* los pies de aquella diosa.

Igualmente, 'dentro la' es correcto en III, 838.

Para completar su inexactitud, López Mena inventa la licencia 'dentro el', en versos en que Pagaza no lo había usado. ¿Resultado? Nuevos versos mal medidos, ahora por carta de menos. Así copia erradamente L. Mena:

Alta de Jove, o *dentro el* bosque
(III, 1200).

Dentro el corazón entristecido
(VIII, 946).

No hay escapatoria: quien tiene tan mal oído como Abreu Gómez, caminará siempre a ciegas sobre los endecasílabos. Y debe notarse que cuantas correcciones hago en esta reseña —salvo las de los tres primeros libros de la *Eneida*, ya editados— se basan en mi oído profesional, pues jamás he visto los manuscritos.

Las palabras equivocadas

Pasamos a enumerar sucintamente las palabras que sin duda copió o dejó imprimir equivocadas el joven investigador López Mena.

Por principio de cuentas, en nota a VII, 1270, es presentada con el nombre de 'Prenesta' y hasta como la inexistente en Italia, 'Palestina', la ciudad cuyos nombres reales no se mencionan allí, y son 'Preneste' y 'Palestrina'.

Además, 'desmañado' aparece en lugar de 'desmañado' (IV, 129). 'Incesar' sustituye a 'incensar' (I, 1317). 'Temblorosas' suple a 'temblosas', voz que exigía el metro en V, 786. Por el mismo motivo le sobra la *e* interna a 'inestable' (V, 1092). Donde se lee 'hundiendo el éter' debía decir 'hendiendo...' (VI, 29). 'Arasaco' debía ser 'Asáraco' o 'Asaraco' (VI, 1405). Se anota 'Citerea' por 'Citera' (VII, 1032). 'Desaparece' debe ser 'desparece', *metri causa* (VII, 1184). En XII, 710, 'su' debe ser 'en'.

Luego, en VII, 1356 se lee 'vapor' cuando debía decir 'pavor'. En VII, 1475 se lee 'brana' en vez de 'brama'. En VII, 1505 se lee 'equestre' por 'ecuestre'. En VIII, 413, 'nole' debe ser 'noble'. En VIII, 629, 'voradores' debe comenzar con *m*. En VIII, 753 no va 'ricos', sino 'riscos'.

La cosecha de errores continúa en VIII, 1226, donde se lee 'gerradas' por 'ferradas'; y en el v. sig., donde 'Aecio' suple a 'Accio'. En VIII, 827 a 'supéndese' le falta una *s*. En VIII, 863, 'levántese' debe ir en indicativo. En VIII, 1204, 'supercos' debe comenzar con *l*.

Los dislates del libro IX se centran en el v. 231, donde se lee 'inandables' por 'innadables'. En X, 31, aparece 'eterno' en vez de 'eterno'. En X, 116 encontramos 'trabajar' en vez de 'trabar'. En X, 455, a 'ingnipotente' le sobra la primera *n*. En XI, 67, debe decir 'alaridos'. En XI, 476 no debe ir 'Neptolomeo' sino 'Neoptolemo', grave. En XI, 990 se lee 'tierra' por 'tierna'. Y cierra este inciso el par de veces que L. Mena cambia 'mamila' por 'mama', en los versos XI, 1400 y 1502.

Las letras equivocadas

Pasan de una docena: Leemos 'las nautas' por 'los n.' (V, 385). Leemos 'Berce' por 'Béroé' (V, 1171). 'Cobre' debe decir 'sobre' (II, 190). Debe ir 'el' en vez de 'en' (IV, 281). En III, 280, debe ir 'Sirio', y no 'Siria'. Leemos 'habla' en vez de 'había' (IV, 916). En VII, 835, a 'Enea' le falta la *s* final. En VIII, 1091, se lee 'al' en vez de 'la'. En IX, 819, a 'derramando' le sobra la *n*. En XI, 404, 'favorece' debe ir en singular. En XI, 1450, debe ir 'desparece'. En IX, 131, 'férvido' debe ir en fem. En IX, 1345, 'ensáyese' debe ir en indic. En X, 1475, 'aléjense' debe ir también en indic. En

X, 1628, en vez de 'al' debe ir 'el'. En XI, 72 y sig., debe leerse 'dardo' y 'hablaba', y no 'bardo' y 'hablada'.

La supresión y la adición de palabras

La supresión de vocablos comienza con un 'de' en el v. I, 1123. En 'llamo a Creüsa' falta 'mi' (II, 1485). A 'por hados' le faltó 'los' (V, 1320). En 'eolias tempestades' falta 'las' (V, 1448). En VI, 762 falta quizá 'a' después de 'entra'. En VI, 1296, imagino un 'las' después de 'esperan'. En IX, 20, falta un 'lo'. En IX, 342 falta un 'me'. En IX, 791 faltã casi seguramente un 'seréis'. En X, 12 falta 'un'. En X, 558 falta un 'no'. En X, 870 falta 'de'. En X, 1081 falta 'de'. En X, 1199 falta 'que'. En XI, 604 falta 'de'. Y en XII, 863 falta 'en'.

Si la supresión de voces manifestaba distracción, la adición manifiesta excesivo entusiasmo en el transcriptor y en el cajista.

Al verso 'Exangües, de ese espectáculo tan crudo' (II, 412) le sobra 'ese'. En III, 340 sobra una *s* a 'busques'. Errores similares hay en III, 1095, 'la' debe ser 'una'. En IV, 638 y en V, 397. En VI, 573; y en VII, 407 y 969. En VIII, 152 y 954.

En XII, 1044, la modernización llega hasta preferir, en vez de 'y a Latino' (el guerrero), la expresión 'a la Latino'. ¿Se referirá a la torre?

Las cartas de más y las cartas de menos

Nos referimos primero a las letras añadidas.

'Palabras engañosas' debe ir en sing. (II, 209). A 'sin demorar' (III, 955) le sobra la *r* final. Errores similares en IV, 684 y en V, 390. En VII, 1316 y en VIII, 235. En VIII, 584, 'sus felices pueblos' debe ser 'su felice pueblo'. En IX, 985, a 'atraviesan' le sobra la *n*. En IX, 742, sobra 'a'. En IX, 805, 'a la' debe ser 'al'.

Y vienen ahora las letras de menos.

En 'atrevíme dar' falta 'a' (II, 1481). En 'tierra' falta *s* (III, 140). En III, 1130 se encuentra 'le' por 'les'. 'Enseña' debe ser 'enseñara' (V, 1281). Leemos 'prímele' por 'oprímele' (VIII, 446). En VIII, 811 no va 'un' sino 'uno'. Error similar en VIII, 1205. En IX, 618, 'a' debe ser 'al'. En IX, 1020 falta un 'y'. En X, 876 no es 'parta' sino 'aparta'. Y en XII, 1721, 'fríos' debe ir en singular.

¡Pero a veces son hemistiquios o incisos enteros los que faltan!

En I, 270, después de 'convence' faltan las palabras: "Y doma /

los ánimos rebeldes". En II, 89, después de 'dones' debe incluirse: "¿O así Ulises /es aquí conocido?" Por último, en II, 1185, después de 'peñas' falta 'desgajadas / por otras peñas'.

Naturalmente, estos incisos sólo los puede localizar con auxilio de la edición de 1913. Y sólo puede abarcar los tres primeros libros allí publicados. Aunque los lugares equivocados también los señala nuestro oído profesional.

Terminemos nuestra extenuante enumeración con las *palabras mal colocadas*, que hacen perder el ritmo, cuando no hasta el contexto.

'El joven hijo de Migdón, a que Troya' (II, 674) debe terminar que a Troya'. Y el verso 'Eneas también, en aquellas obras' (VI, 346), mejora si lo iniciamos 'También Eneas'.

Hay dos versos que dan diez sílabas en VI, 1361 y 1367; cada uno de ellos parece haber intercambiado sus dos primeras palabras. Otros dos versos equivocados son el VIII, 453 y siguiente. Probablemente en VIII, 472 deben intercambiarse las palabras 'arrastrado es'. En X, 1020 falta una palabra, quizá 'hoste'. El v. XI, 464 tiene, extrañamente, doce sílabas; en cambio, el XI, 504 salió de nueve; ambos están sin duda mal copiados. También tiene apenas diez sílabas el XI, 1584; en cambio el XII, 510 se pasó hasta doce.

¿En cuáles de ellos habrá incluso saltos de un verso a otro, y el transcriptor habrá suprimido palabras de Pagaza?

Y ya no hago interminable esta reseña anotando las numerosas veces que el nombre de la diosa Diana y el adjetivo 'confiado' deben llevar diéresis para que suenen respectivamente con tres y con cuatro sílabas. Ni anoté las varias ocasiones en que 'Priamo' debe ir sin acento, pues el verso sólo le adjudica dos sílabas. Y todavía hay muchas otras minucias que guardo cuidadosamente anotadas en mi ejemplar.

Espero que esta exhaustiva reseña de los errores que incluyó o dejó pasar el joven transcriptor, y que yo he descubierto sin los manuscritos a la vista, basado sólo en mi oído de versificador profesional, sean útiles para la preparación de una segunda edición de la obra maestra pagaziana.

Al menos, espero que mi reseña constituya una fe de erratas comentada, la cual ayude a descifrar el opacado brillo del libro póstumo que nos legó el gran intérprete de Virgilio y de Horacio.

Tarsicio HERRERA ZAPIÉN